Juan Molina Guerra
juandemolina2020@gmail.com
ASOCIACIÓN SAGRADA FAMILIA E.C.A.

DESAHUCIO

El hombre de la barca boga sin prisa,
como quien comprende que el mundo
seguirá ahí
cuando él se haya ido.
Vana sabiduría ésta
que proviene del inclemente filo de los días,
de las aristas irredentas de las horas.

Frente a él el puente Zuazo
con su piedra ostionera cargada de siglos.

Le gusta acercarse a sus arcadas,
cruzar sus ojivas de sombra,
salir a la luz del agua,
escuchar la canción de las olas
orillando la tarde,
el rumor de la espuma acunándose lenta,
como notas demoradas de una nana de sal.

¡Ah la bahía y su encanto,
los caños de la mar como anémonas tibias!
Si todo se redujese a bogar,
a mecerse en la indolencia…

El hombre recoge los remos y enciende un cigarrillo.
¿Por qué le tiembla el pulso?
Con la mano bruna y agrietada
acaricia la borda de la barca,
su pintura percudida y cuarteada,
tal que oficiara el ritual de una triste despedida.

Atrás queda la carta del banco sobre la mesa.
¿Qué son catorce días en medio de la nada?

La tarde ya está vieja,
lo pregonan los oros, las hogueras del agua.
Hora de tornar.
La colilla describe cabriolas en el aire
y luego se estrella blandamente, sin estridencias.
Catorce días…
Torna a los remos y musita una tonada.

Por el puente Zuazo
cruzan las mozas:
en sus brazos canastos
llenos de rosas.
Como un espejo
de arrebol sus mejillas
en los esteros.

A su espalda van quedando la piedra centenaria,
el chillido de las gaviotas,
el afanoso trajín de los alcaravanes.
Y, ante sus ojos, esperándolo, deseando acogerlo,
la mar, ancha y ajena,
como el mundo, como la vida…